

Parrhesía y Pedagogía

Sobre si es posible una educación con parrhesía en la actualidad

Parrhesia and Pedagogy

About the possibility of an education with parrhesia at present

Katalina Soto Méndez

Estudiante de Licenciatura en Filosofía

Universidad de Chile, katalina.soto@ug.uchile.cl

RESUMEN

El propósito principal de este escrito será abordar la posibilidad de una educación parrhesiástica en la actualidad. La dificultad se presenta a la hora de considerar los métodos educativos contemporáneos, ya que estos poseen un enfoque práctico y controlador. Sin embargo, creo que la posibilidad de pensar una pedagogía parrhesiástica implica considerar otros métodos educativos, menos convencionales, en específico el del filósofo Matthew Lipman. Entonces, este artículo apunta a rescatar caracteres de la parrhesía presentes en dicho programa y notar la importancia de una formación con la presencia de la parrhesía.

Palabras clave: Parrhesía, Sócrates, pedagogía, prácticas de sí, subjetividad

ABSTRACT

The main purpose of this paper to treat the possibility of a parresiasic education at present. The difficulty arises when considering contemporary educational methods, since they have a practical and controlling approach. However, I reckon the possibility of thinking about a parresiasitic pedagogy implies considering other, less conventional, educational methods, specifically the one of the philosopher Matthew Lipman. Then, this article aims to rescue the parrhesia's characters that are present in that program and note the importance of a training with the presence of parrhesia.

Keywords: Parrhesia, Socrates, pedagogy, practices of the self, subjectivity



Introducción

Lo parrhesiástico y lo pedagógico, como se revisará, forman un vínculo que se remonta a la época de Sócrates y está en estrecha relación con la noción que Foucault rescató como *epiméleia heautoû* (ἐπιμέλεια ἑαυτοῦ) o cuidado de sí, que para su práctica necesitará de dos elementos fundamentales, a saber, la de un yo y un otro que sea capaz de guiar hacia el cuidado de sí. Afirmaremos que este último, el parrhesiasta capaz de guiar debe ser identificado como un filósofo y pedagogo.

Entonces, lo que se revisará en este escrito consiste básicamente en señalar brevemente cuáles son los elementos parrhesiásticos que estaban presentes en formas de enseñanza de la Grecia antigua con figuras como Sócrates y los epicúreos en función de, luego, mostrar cómo es que la educación tradicional actual carece de estos elementos. Sin embargo, daremos paso a la presentación de un programa innovador que quebrante estos esquemas actuales y es capaz de ofrecer una salida a esta convención educativa ya que, como veremos, contiene elementos propios de una educación socrática, esto es, un ambiente óptimo para el cuidado de sí y el hablar con franqueza.

Por último, cabe señalar que dicho programa es el creado por el filósofo Mathew Lipman, quien se basa en la creación de novelas y manuales prácticos y didácticos creados para el uso tanto de profesores como de estudiantes, es decir, Lipman no teorizó su plan, no obstante, este si fue teorizado por otros filósofos de la educación, por lo que será menester usar bibliografía de ellos (Grau, Kohan y Waksman) para abordar la posibilidad de una educación que busque formar a través de la franqueza de palabra.

Parrhesía y cuidado de sí

Parrhesía (παρρησία) es un término de antaño cuyas primeras apariciones datan de los años 484-407 A.C. con Eurípides, presencia que además se mantuvo dentro de la literatura y filosofía de la Grecia antigua, en escritos tanto de Platón como de epicúreos y cínicos, por lo que naturalmente posee ciertas aristas, evoluciones y cambios a través de la historia. Sin embargo, lo que más nos atañe para los fines prácticos de esta investigación, es presentar el enfoque helenístico de esta palabra, que, cómo se evidenciará, tuvo gran relación con la importancia de los roles educativos de la época.

Parrhesía es un término que en simples palabras hace alusión a una forma de discurso veraz, un hablar franco y fluido desprovisto de cualquier tipo de engaño o falta de sinceridad, pues proviene de alguien que nada oculta, y que abre su corazón y su alma diciendo todo lo que tiene en mente

(Foucault, 2002, p. 142.) Este hablar con franqueza y verdad se expresa principalmente cuando es posible entablar comunicación con un otro, sin ninguna intención deshonesta. Como se dice en *El gobierno de sí y de los otros* (2009), quien es capaz de expresar la verdad se denomina parrhesíasta, por ende, su misión será decir todo lo que considere verdadero. Su discurso debe estar desprovisto de cualquier adorno o mitigación, así como alejarse del uso de la retórica (69-70). Debido a esto es que el papel del parrhesiastés implica correr un riesgo, sobre todo teniendo en consideración que para decir la verdad se debe tener la valentía suficiente para poder hablar sin tapujos, ataduras y temores, pues se dice que parrhesía es el discurso veraz que debe darse justamente en situaciones críticas, ya que muchas veces sucede que el hablar con honestidad o verdad puede provocar susceptibilidad en las personas.

Con todo, para enfocarse en el objetivo principal de este escrito basta con tener en mente que la parrhesía se trata de una práctica que se logra mediante de un discurso veraz y que se encuentra en estrecha relación con el “yo”, pues se trata de decir lo que uno tiene en mente y cree, sabiendo que es genuino, además de llevarlo a la práctica comportándose acorde a la verdad, para consecuentemente hacer alusión a la propia subjetividad:

“digamos simplemente que hay que trasladar la mirada, desde el exterior, los otros, el mundo, etcétera, hacia "uno mismo". La inquietud de sí implica cierta manera de prestar atención a lo que se piensa y lo que sucede en el pensamiento” (Foucault, 2002, p. 28).

En relación con lo anterior, una de las preguntas que surgen de la obra de Foucault podría ser formulada de la siguiente manera, cuestionándose: ¿de qué forma se constituye un sujeto mediante la verdad? La respuesta a esta interrogante tiene dos aristas, a saber, por sí mismo y también por los otros.

De lo anteriormente señalado, entre los siglos V a.C – IV a.C es que surge la antigua cuestión del *gnóthi seautón*, o literalmente conócete a ti mismo, antiguo precepto griego del cual Foucault hizo notar la estrecha relación que tenía con la noción de *epiméleia heautoú*, cuyo significado alude al cuidado de sí o cultivo del “yo”. Esta última noción es determinante, ya que con ella se da más atención al cuidado de sí que nos interesa. Cabe destacar que el objetivo de dicho cuidado de sí es tratar de llegar a una realización o constitución de alguien como sujeto. Para explicar esto, podemos seguir las palabras de Foucault: “¿Qué es ese sujeto?, ¿qué es ese punto hacia el cual debe intentarse esa actividad reflexiva, esa actividad meditada, esa actividad que se vive del individuo al individuo mismo?” (2002, p. 53). A lo que el autor responde que en dicha época la subjetividad se trata más bien de la propia construcción del yo como individuo y de ahí que esté en estrecha relación con la atención y el cuidado

se sí, pues este ser sujeto se construye a través de acciones continuas que se ejercitan mediante la experiencia, esto es “...una manera determinada de considerar las cosas, de estar en el mundo, realizar acciones, tener relaciones con el prójimo. La epiméleia heautoû es una actitud: con respecto a sí mismo, con respecto a los otros, con respecto al mundo” (Foucault, 2002, p. 28).

Para lograr esta constitución del yo como sujeto es menester estrechar lazos consigo mismo, algo que resulta ser indispensable para la vida de una persona, pero que, sin embargo, no todos podrán llegar a realizar. Foucault lo expresa así: “Sólo algunos son capaces del yo, aun cuando sea cierto que la práctica de sí es un principio que se dirige a todos” (2002, p. 130). Luego, ¿qué implica ser capaces del yo? Implica poder apropiarse de uno mismo y para ello ser capaces de decir y actuar con la verdad, o sea, parrhesiásticamente. Afirmaremos que de este último punto se desprende que para que “el yo” logre desplegar su subjetividad se hace menester la presencia de un otro, en tanto que ese otro tiene la capacidad de encaminar, contribuir y ser guía para aquellos que se encaminen a esta práctica de sí, pues: “...el otro, es indispensable en la práctica de sí, para que la forma que define esta práctica alcance efectivamente y se llene efectivamente de su objeto, es decir, el yo. Para que la práctica de sí llegue a ese yo al que apunta, es indispensable el otro...” (Foucault, 2002, pp. 131).

La necesidad de otra subjetividad que guíe para la práctica de sí ya comienza a compatibilizar en cierta medida con algunas de las labores pedagógicas actuales, y he aquí una de las primeras luces de la relación entre parrhesía y educación.

El rol propio para el cuidado de sí

Foucault, basándose en una de las cartas de Séneca (2002, pp. 134-135) nos dice que cuando aún no se ha emprendido la vía hacia la práctica de sí nos encontramos en un estado denominado *stultia*, que hace alusión a la necedad o la estupidez. El *stultus*, es alguien que está arrojado a la vida y que solo se deja llevar por el mundo externo que le rodea en tanto que aún no tiene una genuina relación consigo mismo por lo que no logra hacer distinción entre aquellas cosas externas y su propia subjetividad. El *stultus* tampoco tiene objetivos personales ni una intención de encaminar su vida hacia una práctica de sí, pues no está encaminado hacia esta necesidad del autocuidado y no posee la voluntad adecuada para cuidar de sí mismo, a saber, una voluntad lo suficientemente firme como para dirigir el objeto del deseo hacia el “yo” para que así se esté libre de nimiedades ajenas al sujeto en cuestión, y se pueda lograr una concentración para el cuidado de sí, queriéndose y autogobernándose, dejando así atrás a la *stultia* y pasando a ser *sapiente*. Es importante notar como aquí entra en juego el

primer elemento determinante, el “yo” como sujeto que debe preocuparse de sí. Con todo, es necesario notar que aquella persona que esté en aquel estado de necesidad o desorientación con la vida se le hará difícil reorientarse hacia el objetivo de sí mismo, por lo que será menester que reciba una orientación.

El rol del otro en el cuidado de sí

Siguiendo la línea de lo anterior, cabe preguntarse ¿quién es este otro? La respuesta a esta interrogante es la figura del maestro, el pedagogo capaz de instruir y encaminar a los individuos a esta práctica de sí. Cabe recalcar que lo que se enseña para lograr dicha práctica no se trata de una instrucción encargada de entregar conocimientos basándose en la lógica de aprender cosas de memoria para tratar de cubrir una ignorancia (Foucault, 2010, pp. 40-42), sino que se trata de algo aún más profundo, es una labor que implica una corrección del individuo en cuestión, por lo que la función que atañerá al maestro esta vez será la de reformar, intentar hacer una especie de reformulación del yo, es decir, un cambio elemental de quien se encamina a preocuparse de sí, estos es, conocer lo que nos determina como sujetos, algo que había sido ignorado por quien vendría siendo el aprendiz de la *epiméleia heautoû*. Foucault lo explica así:

“El individuo debe tender hacia un estatus de sujeto que no conoció en ningún momento de su existencia. Tiene que sustituir el no-sujeto por el estatus de sujeto, definido por la plenitud de la relación de sí consigo. Tiene que constituirse como sujeto, y en ello debe intervenir el otro (...) el maestro es un operador en la reforma del individuo y su formación como sujeto” (2002, p. 133)

De estas ideas se desprende -y en esto concuerda gran parte de la tradición histórica de la filosofía- que quién primeramente se debe encargar de esta labor pedagógica tan poco convencional y compleja es nada menos que el filósofo como pedagogo, guía y consejero cuya tarea será lograr encaminar a otros individuos hacia esta práctica de sí, es decir, autoconocimiento, la autoevaluación y el gobierno de sí, labor que si bien parece ser demasiado personal necesita de la relación e interacción con otros, en este caso, del filósofo.

El filósofo y su papel en la práctica de sí

Un buen ejemplo para ilustrar esta concepción de la práctica de sí, que va de la mano con la presencia de la filosofía como medio educativo que ya se dejaba ver desde Platón con su diálogo

Alcibiades texto especialmente considerado como perfecto para iniciarse en temas filosóficos por los neoplatónicos, esto por la importancia otorgada a la práctica de sí en el mundo helénico. Foucault al respecto nos dice:

...Alcibiades el propileo, y del Parménides, el corazón mismo de la filosofía platónica. Y podrán advertir que, también muy explícitamente, hace del "conócete a ti mismo", que se formula en el *Alcibiades*, no sólo el fundamento de todo saber filosófico sino el modelo mismo de la práctica de quien quiere filosofar. Es preciso, dice, "abordar socráticamente la doctrina socrática", vale decir que uno mismo debe reproducir, para iniciarse en la filosofía de Sócrates y Platón, el proceder socrático. Y gracias a ese trabajo ejercido sobre sí mismo, en la forma del autoconocimiento, uno podrá encaminarse en el saber filosófico (2002, p. 172).

Es destacable la figura de Sócrates como la de un maestro y guía, oficio que se le atribuyó incluso como una especie de destino que se le asignaba desde el mismo oráculo de Delfos cuyo mandato fue hacer de los jóvenes lo mejor posible. Con esto, veamos cómo la figura de Sócrates se constituye como la de un pedagogo.

En el *Alcibiades*, Sócrates conduce a un hombre adinerado y bello, pero que ya no es tan joven como para reflexionar y cuestionarse acerca de las cosas que conoce con su típico estilo basado en el diálogo y en distintas clases de preguntas indagatorias e inquisidoras logrando finalmente que él, Alcibiades, reconozca su ignorancia y llegue a la conclusión de que en realidad no se conoce siquiera a sí mismo. "Pero no, por los dioses, Sócrates, yo tampoco sé lo que digo y corro el riesgo además de haberme ya olvidado de mí mismo, puesto que me conduzco muy torpemente" (127d 6-8). Esta ignorancia de Alcibiades se debe a que sus antiguos mentores nunca lo instaron a ejercitar la práctica de sí, pues no eran filósofos, y ejercieron una mala y deficiente labor pedagógica, no solo en materias del conocimiento práctico, sino de este importantísimo cuidado de sí mismo, provocando que Alcibiades durante toda su vida haya ignorado lo más elemental.

De esta manera, Sócrates le hace notar que si no es capaz de conocerse no logrará la tarea fundamental para la vida de ejercitar este cuidado de sí, y mucho menos alcanzará un autogobierno, por lo que tampoco será capaz de gobernar a otros, a propósito de su aspiración política. Algo muy importante a rescatar dentro de este diálogo en relación con el rol de Sócrates como pedagogo, es que por primera vez se deja muy en claro que se necesita un recogimiento de la persona para que se cuestione sobre ese enigmático "sí mismo", lo que se refleja en la necesidad de un examen de consciencia.

Es importante notar que, para Foucault, Sócrates jugó varios papeles elementales dentro de sus investigaciones, sin embargo, el de mayor importancia para esta investigación claramente se relaciona -como ya se señaló- con su papel pedagógico, pero también, y al mismo tiempo con el del “parrhesíasta por excelencia”. Pero ¿en qué sentido se podría decir que Sócrates es pedagogo y parrhesíasta a la vez? Pues ciertamente en el sentido de que, en tanto que se pone en la labor de inducir “al cuidado de sí” pues con esta práctica está instando a otros a realizar un autoexamen de lo que se es, en el que decir la verdad a uno mismo da cabida y conduce por primera vez a conocerse. Foucault al respecto nos dice en el *Coraje de la verdad* (2010): “...la palabra directamente veraz, la palabra, por tanto, de la parrhesía, nos conducirá a la verdad de nosotros mismos.” (2010, p. 89).

Entonces, en este juego parrhesiástico se hace necesaria la alteridad del maestro el cual a su vez debe ser capaz de todo discurso de verdad, pues debe ser un pedagogo y un parrhesiasta a la vez, capaz de llevar un diálogo con otros, es decir, deber poder hacer que sus estudiantes o discípulos hablen con la estimulación adecuada y además debe ser capaz de hablar con un discurso veraz poseyendo per se esta cualidad socrática que lleva consigo la actitud de alguien “...que prefiere afrontar la muerte antes que renunciar a decir la verdad” (Foucault, 2010, p. 87).

Podría mencionarse como punto final, acerca educación socrática y parrhesía en el mundo helénico, una última forma de enseñanza propia de la Grecia antigua, a saber, la de la escuela de los epicúreos en la que se dedicaban al cultivo del yo, el autoconocimiento, y la práctica de sí. En relación con esto Foucault dice lo siguiente: “Importancia, desde luego, de esta noción de la inquietud de sí en Platón. Importancia entre los epicúreos, porque en Epicuro encontramos una fórmula que se repetirá con mucha frecuencia: todo hombre debe ocuparse día y noche y a lo largo de toda la vida de su propia alma” (2002, p. 24).

Esta última formulación resulta interesante de mencionar, ya que esta escuela perteneció a la cultura de sí que se extendió en la época helenística-romana (2002, p. 63), y naturalmente poseía en varios puntos la figura de Sócrates como referencia educativa y parrhesíasta, pero además contribuyó con sus propias metodologías que curiosamente se acercan bastante más a las mecánicas de enseñanza clásicas actuales, pues consta de un maestro que debe educar o más bien dirigir a ciertos discípulos de tal manera que se forme un vínculo afectivo de amistad entre ambos personajes para luego poder dar paso a un diálogo, a un discurso honesto y efectivo para lograr que el aprendizaje sea genuino, es decir la parrhesía se convertía en menester en dicha dinámica de aprendizaje. Foucault nos dice lo siguiente sobre esto:

“La parrhesía es (...) necesidad de que ambos interlocutores no se oculten nada de lo que piensan y hablen francamente. Noción, una vez más, que es preciso elaborar, pero que indudablemente fue para los epicúreos, junto con la amistad, una de las condiciones, uno de los principios éticos fundamentales de la dirección” (2002, p. 142).

Por último, cabe destacar que dentro de esta escuela no se consideraba un ranking de mejores y peores alumnos, es más, se podría decir que las relaciones se trataban de una dinámica horizontal, condición que en efecto potenciaba un ambiente óptimo para una apertura del corazón y para poder hablar francamente, elementos propios del uso de la parrhesía como herramienta pedagógica y de un cuidar de sí mismo. Foucault dice: “para los epicúreos, entre esas dos categorías de discípulos, de dirigidos, no había una diferencia de valor, no había una diferencia de calidad -unos, en el fondo, no eran mejores que los otros y no ocupaban un rango más elevado que ellos” (2002, p. 142).

Límites de la educación convencional

Con base en las ideas anteriores, continuamos con el proyecto de educación y filosofía para niños, niñas y jóvenes, del estadounidense Matthew Lipman, filósofo y académico del área analítica, creador del programa “Filosofía para niños y niñas”, con múltiples manuales y novelas como guías, destacando de entre ellas “Ari, Suki y Pixe” (Grau, 2008-2010, pp. 31-32).

Este filósofo notó las distintas problemáticas de aprendizaje que eran comunes por parte de sus estudiantes que entraban por primera vez a la universidad. Lipman a menudo se encontraba con que estos estudiantes provenían con deficiencias desde sus bases educativas -colegios, liceos, etc.-, deficiencias que se relacionaban con la excesiva teorización de la enseñanza y la casi nula acción o praxis como método para el aprendizaje, evidenciando que esos estudiantes eran personas con muy poca capacidad crítica y reflexiva, no solo dentro de las habilidades que exigen los currículos escolares, sino también en su vida en general (Hoyos, 2010, p. 150).

Con arreglo a lo anterior es necesario tener presentes la jerarquización existente entre profesores y estudiantes, lo que dificulta que escolares sean entes activos dentro de la educación, provocando con esto que se den muy poco intercambios de diálogos, ideas y con ello autoexámenes y reflexiones, pues el otro como alteridad se ve igual de coartado que el resto de sus compañeros por este tipo de escuela, que además, en vez de potenciar la comunicación entre pares la limita, debido a las nociones de competitividad presentes en la escuela, lo que la convierte, como diría Michael

Foucault en una especie de “máquina de aprender, pero también de vigilar, jerarquizar, de recompensar” (2002, p. 144). En efecto, en la actualidad los métodos convencionales apuntan más que nada a producir individuos estándar y enseñarles a obedecer órdenes, cumplir con horarios, y fomentar la competencia entre ellos. La escalada de la competitividad genera asperezas y rivalidades por esta jerarquización de saberes que tienen más relación con la retención de contenidos antes que con un genuino análisis y reflexión de estos, y un buen ejemplo actual que ilustra tal situación es el hecho de que, más de una vez, el MINEDUC en Chile ha intentado quitar la filosofía de las bases curriculares de los colegios, pues justamente esta es una materia que podría romper con esos esquemas coartadores¹.

Todas estas deficiencias hacen de la educación actual algo muy alejado de los valores parrhesiásticos propios para un cuidado de sí, y que impiden el completo desarrollo de las habilidades genuinas de los individuos, esto porque la enseñanza no es óptima y no provee a los estudiantes de herramientas indispensables para su desarrollo y constitución, ya que en todo momento está más presente lo que Foucault entiende como “control de actividad” que consiste en delimitar todo lo que el estudiante debe o no hacer, noción presente en *Vigilar y castigar* (2002): “El maestro hará conocer a los escolares la postura que deben adoptar para escribir y la corregirá, ya sea por señas o de otro modo cuando se aparten de ella. Un cuerpo disciplinado es el apoyo de un gesto eficaz” (2002, p. 150).

Este control de actividad, tal y como indica la cita anterior será presidido por el profesor que enseña teóricamente, que vigila y hace cumplir las normas, pues revela la relación vertical con los estudiantes, que mencionábamos anteriormente. De ello se desprende precisamente la imagen de la escuela como un organismo de control y tensión, en el que no sería posible aplicar el valor parrhesiástico educativo de los griegos, debido a que no existiría una auténtica apertura de corazón por parte de los escolares, ni la posibilidad de establecer una relación de plena confianza con el maestro, ya que este es un formador de disciplina y no de escucha, respecto de lo correcto e incorrecto, por lo que un estudiante se verá imposibilitado de lograr dicha apertura, lo que justamente le permitiría la franqueza de palabra. Se ve entonces que en un modelo convencional de educación la educación efectiva (por paradójico que suene) es imposible.

¹ Gamboa, J. (28 de agosto de 2016). ¿Por qué el MINEDUC quiere eliminar filosofía del currículum obligatorio? *La izquierda diario*. Recuperado de: <https://www.laizquierdadiario.cl/Por-que-el-MINEDUC-quiere-eliminar-filosofia-del-curriculum-obligatorio>

Elementos parrhesiásticos en el pensamiento de M. Lipman

Sin embargo, actualmente existe una alternativa a esta educación convencional que se encuentra tan alejada de los valores parrhesiásticos y el cuidado propio de sí. Esta es, como ya se ha mencionado, el programa de Lipman que consideraba que la enseñanza debe realizarse con filosofía en las aulas, y aplicarse de tal forma que se puedan convertir las salas de clases en comunidades de investigación basadas en el diálogo para un pensar filosófico en conjunto, con la participación de todos los integrantes. En este sentido se podría decir que en el nuevo enfoque no es que las escuelas sigan con los métodos que tradicionalmente han venido aplicando, no se tratará de entregar solo conocimientos teóricos y seguir fomentando la individualidad de los alumnos, por esto Lipman explica que para que su programa funcione debe existir un ambiente cooperativo y de respeto mutuo, en el que la presencia del profesor sea más que nada la de alguien que dirige, pero no interviene directamente en dicha experiencia formadora, pues se espera que los estudiantes trabajen con autonomía y sin intervenciones directas, esto no tan solo con el fin formador de que niños y niñas se vuelvan personas más críticas y hábiles, sino también con el afán de potenciar valores éticos y sociales,

“...niños y niñas piensan por sí mismos y la escuela debe dar lugar a que ello se manifieste y potencie a través de la conformación de comunidades de indagación. Esa capacidad común que encontramos en niñas y niños se inflexionaría en una diversidad de subjetividades con caracteres propios, de modo que es posible reconocer modos distintos de pensar y de aproximarse a la realidad.” (Grau, 2010, p. 8).

Lipman, a través de su programa nos da a entender que para enseñar óptimamente debe existir un ambiente cooperativo y de respeto mutuo, en el que la presencia del profesor sea la de alguien que dirige y encamina, sin una actitud coactiva y controladora, muy por el contrario, el o la maestra debe ser capaz de inducir a un diálogo y ser capaz de instar el diálogo con los estudiantes, y para que esto se efectúe debe darse un ambiente amigable y de distensión en el que todos puedan expresar su opinión sin miedo al reproche, ya sea por parte de sus compañeros o de parte del profesor, con todo, se debe aclarar que respetar la palabra del otro no significa tener una actitud pasiva, sino más bien ser capaz de un intercambio efectivo y sincero de ideas, pues para Lipman la filosofía es una práctica colectiva pero también tremendamente personal en tanto que se trata de potenciar habilidades cognitivas como el análisis y la reflexión crítica, lo que ayuda a cultivar al sujeto del estudiante, niño, niña o joven, lo cual sin duda alguna, tal y como se revisó en los apartados anteriores resulta menesteroso para la vida misma.

En consecuencia, con lo que se ha manifestado, es oportuno apuntar que el programa de Lipman se inspiró en la figura socrática transmitida por Platón en sus diálogos. Pues en primera instancia, ambos otorgaron a la práctica de la filosofía el valor práctico y didáctico de la reflexión y el diálogo que implica desde luego la escucha mutua de todas las partes, por sobre los contenidos teóricos filosóficos. Luego, tanto para Platón como para Lipman, la filosofía se entiende como una práctica activa, no es algo exclusivo para grandes pensadores o ancianos sabios, muy por el contrario, ambos comparten la idea de que los más jóvenes pueden y deben participar de esta (con la salvedad que Lipman cree que incluso niños pequeños pueden acceder a esta). Kohan y Waksman afirman lo siguiente acerca de las similitudes de ambos filósofos en las prácticas educativas:

“Lipman ha recreado también el compromiso socrático de la filosofía con la vida, al proyectar la pregunta y el examen mucho más allá de los salones de clase de la escuela. La investigación filosófica no es un ejercicio retórico sobre cuestiones externas a quienes la practican, sino la puesta en cuestión de los dogmatismos y prejuicios que habitan la vida individual y colectiva” (2000, p. 4).

Resulta innegable que dentro de las bases del programa educativo de Lipman, hay varios elementos propios del uso de la parrhesía como enseñanza para conocer lo que nos determina como sujetos, entre ellas se cuenta con la importancia de potenciar el diálogo e incitar el intercambio de ideas tanto del maestro como de los estudiantes, destacando el hecho de que el profesor no se limitará a enseñar solo la teoría que debe ser meramente retenida y reproducida, sino que es menester que se encamine a filosofar en la sala de clases, y no de una forma invasiva o autoritaria ya que esto coartaría la libertad de las sesiones y, por tanto, de la palabra.

Por otra parte, se tiene como valor principal la importancia del otro no solo para aprender, sino que para ir formándose como subjetividad hacia una futura adultez enriqueciéndose con lo aprendido y con las distintas reflexiones que se dan filosofando en grupo y didácticamente. En efecto, la individualidad se da en tanto que se realiza un autoexamen y una autorreflexión que luego será compartida ante el resto, compañeros y maestros, sin temores gracias al ambiente apropiado de libre pensar y escucha atenta y respetuosa. Los estudiantes podrán expresarse francamente, con una actitud parrhesiástica a la vez que otro estudiante, otra subjetividad en proceso, realizará el mismo ejercicio contribuyendo hacia la comunidad y hacia sí mismo en este libre pensar que contribuye al cuidado de sí de todos los estudiantes mediante un pensar filosófico.

Conclusión

Finalmente, cabe mencionar que si bien el programa de Lipman no fue pensado desde las investigaciones realizadas por Foucault sobre parrhesía y pedagogía o el rol de la escuela como organismo de control social, resulta que por sus inspiraciones filosóficas (entre ellas socráticas) se pueden distinguir rasgos que recuerdan a esa enseñanza de antaño que solían utilizar los filósofos de la antigua Grecia a fin de encaminar a sus discípulos hacia el cuidado de sí, lo cual es valorable si advertimos el aporte que esta instancia puede significar para la formación de niños y jóvenes con capacidad de reflexión y análisis crítico de su tiempo y de sí mismos. Se esboza, de esta manera, una actitud pedagógica capaz no solamente de enfrentarse a la escuela como un dispositivo limitado a memorizar, repetir y obedecer, sino que también capaz de revertir el control normativo sobre las subjetividades por medio del discurso veraz que puede encontrar su lugar en el ambiente pedagógico propiciado por las reflexiones de Lipman.

Esta investigación sin duda queda abierta, en un sentido práctico, para seguir siendo explorada y hacer pensar en la posibilidad de crear otros programas educativos, motivados por la finalidad de promover ya sea actividades, talleres o clases que insten a una educación plenamente parresiástica y examinar de cerca los efectos que esta podría tener a nivel formativo en nuestros días. Por otro lado, la investigación también puede seguir expandiéndose desde una perspectiva teórica si nos preguntamos en qué otros puntos, además del decir veraz y el cuidado de sí, podría nutrirse el programa pedagógico de Lipman desde las lecturas que Foucault realizó de los antiguos, o incluso de los antiguos mismos, pues quedan otras culturas de sí pendientes de revisar desde sus prácticas pedagógicas, como lo es la escuela estoica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Hoyos Valdés, D. (2010). Filosofía para niños y lo que significa una educación filosófica. *Discusiones Filosóficas*, (16), 149-167.
- Foucault, M (2017). *Discurso y verdad: Conferencias sobre el coraje de decirlo todo*. (Grenoble, 1982 - Berkeley, 1983). Siglo XXI.
- Foucault, M., (2010). *El Coraje de la verdad: El gobierno de sí y de los otros II: curso en el Collège de France, 1983-1984*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M (2002). *La hermenéutica del sujeto: Curso en el Collège de France, 1981-1982*. Fondo de Cultura Económica
- Foucault, M (2002). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Siglo Veintiuno Editores.
- Grau, O. (2010). *La concepción de la infancia en el programa de Filosofía para Niños del filósofo Matthew Lipman*. Facultad de Filosofía y Humanidades Universidad de Chile
- Kohan, W. y Waksman, V. (2000). *Filosofía con niños. Aportes para el trabajo en clase*. Novedades educativas.
- Kohan, W. O. (2004). *Infancia: Entre educación y filosofía*. Laertes.
- Peters, Michael A. (2003). Truth-telling as an Educational Practice of the Self: Foucault, Parrhesia and the ethics of subjectivity. *Oxford Review of Education*, 29(2), 207-224.
- Platón. (2013). *Alcibiades: Edición crítica del texto griego*. Ediciones Táficas.